

FRAY GERUNDIO.

Epístola 3.^a

SEVILLA 10 de marzo.

Dilectísimos lectores míos, si se os ofreciere como á este vuestro padre y capellan salir de Córdoba para Sevilla, tendriais que pasar el Guadalquivir por el famoso puente de Julio Cesar, y temblaríanos las piernas para entrar en él, si como yo hubiérais visto antes su primer arco socabado por las aguas, descarnado y cuasi ya sin base totalmente, amenazando aplastarse el dia menos pensado. Pero si tal os sucediese, pasadle, os suplico, sin reparar en él ni cuidaros de su estado, y si salis de él con felicidad entregadle al olvido, y us

os mortifique jamás la idea de su inminente ruina; en una palabra, hermanos míos, imitad á los diputados de estas provincias, de los cuales ya atestada la diligencia de este viaje, que pasarán por él, y le pasarán acaso dormidos, (porque ahora en las posadas de las diligencias se duerme poco) y llegarán á las cortes, y el puente se hundirá en las aguas, y ellos se zambullirán en el mar de la política, y vamos viviendo, que esto de la reparación de puentes si bien llamó con preferencia la atención de Julio Cesar, pero es cosa que no vale un pito para un legislador español si se compara con las grandes etiquetas de partido que habrán de ventilarse en la asamblea nacional para perpetua felicidad de España.

Llegamos á la Carlota, una de nuestras nuevas poblaciones, á quien TIRABEQUE ya desengañado no tubo por dama andaluza como á la Carolina; antes bien le gustó el pueblo, y principalmente sus casas consistoriales. Pero no pudo menos de llamar mi gerardiada atención un enorme rótulo que debajo del cornisamiento y por todo lo largo de la fachada principal se advertía. Púsemelas antifarras, y lei: SANTO DIOS, SANTO VERDADERO; SANTO INMORTAL, LIBERANOS, SEÑOR, DE TODO MAL. ¿Qué te parece de esto, PELORIN? le dije. ¿Si se reunirá aquí el ayuntamiento á rezar el rosario?—No es eso lo que mas me ha alarmado, mi amo, sino que la lápida de la Constitución cae precisamente debajo del LIBERANOS, SEÑOR. Presentóse á tal sazón el alcalde, que mostró ser un buen patriota, y dijoos que no tardaría en hacer borrar aquel

rótulo, lo cual aprobó mi paternidad, no porque la inscripción no sea muy santa y muy buena, sino por aquello de «cada cosa en su lugar. (1).» Aproveché aquella ocasión para preguntarle por el estado de la Milicia nacional, y díjome que se contaba hasta la fecha con 20 fusiles para los 500 nacionales del distrito.—Diga vd., hermano justicia, aunque vd. perdone, le preguntó TIRABEUQUE: todo ese ejército de facciosos indultados, y de tropa licenciada que hemos encontrado en el camino, ¿qué era lo que gastaban para hacer la guerra?—Por la pregunta y por otras señales que veo, contestó el alcalde, debo suponer que vd. es el hermano TIRABEUQUE, á quien aguardábamos por aquí de un día para otro.—Servidor de vd. y de todo el ayuntamiento.—Sí, porque á ningun otra podia ocurrirle la duda de que ni los facciosos ni los licenciados gastáran para la guerra otra cosa que fusiles, lanzas y sables.—Y diga vd., hermano alcalde, ¿esos fusiles los van archivando en alguna papeleta, ó cómo es que todavía los nacionales estan desarmados?—Eso no me lo preguntéis á mi, respondió; capitanes jenerales tiene la Andalucía, y ministros hay en Madrid que os sabrán responder.

Pasado un camino de cuyo lado no se veian mas que plantíos de riquísimos olivares, llegamos á Ecija va de noche; mas de noche en Ecija que en ninguna parte, pues á pesar de ser una poblacion de 5000 vecinos y de mucha riqueza, no hay en

(1) Igual inscripción se lee en las casas municipales de Ecija: de consiguiente *quod tibi dico, omnibus dico.*

ella mas faroles que los de las santas i~~co~~égenes.

Por Cristo que es un encanto
que en los pueblos andaluces
donde crece olivo tanto
no se encuentren otras luces
que las luces de algun santo.

Si fuese ingrata y perversa
la tierra, nada diría,
pero en esta Andalucía ...!!!
Voto á Dios que es vice-versa
que admira mas cada dia.

Obsequiáronnos varios hermanos ecijanos cuanto la hora y nuestra breve estancia permitian, y siempre mas de lo que merecieran nuestras pobres personas. A nuestra salida por la mañana, como que el sol habia salido ya antes que nosotros, tuvimos ocasion de observar el estado de sus calles. No hablaré de la original idea de un pasado alcalde de haber embaldosado sus orillas ó aceras con ladrillos en lugar de losas, los cuales gastados y desprendidos con el azote continuo de las goteras es una gloria ver como rotían y chapiquean á los que por ellas andan, y principalmente á las personas del bello sexo á quien les salpican las limosas gotas hasta sitios que la Constitucion política de la monarquía no permite nombrar. Mencionaré solo las descarnadas roderas de las muchas calles por donde tienen que transitar los carruajes todos, y en cuyos baches súperlativamente hondos estoy viendo que cuando menos se piensa, así como en el mar rojo al pasar Faraon,

...cayó en despeñadero

el carro y el caballo y caballero;
 así también al pasar a'guna diligencia por las calles
 de Ecija,

en sima abierta y honda
 las ruedas y ejes se hundirán enteros,
 y el cache, y la berlina, y la rotonda,
 y la vaca también y escopeteros.

Efectivamente escede á toda ponderacion el mal estado de las calles de Ecija, y á fé que no merecía tan absoluto abandono del gobierno un pueblo tan liberal y tan patriota. Pero así adelantará Fr. GERONIMO con predicar al gobierno como si le predicára el mismo San Pablo de piedra dorada que tienen los ecijanos á la entrada del puente del Genil, aunque de repente le creciera la mano derecha que le falta.

Asaz de entretenidos caminábamos desde Ecija á Carmona mirando las ricas posesiones que en él se encuentran, mas como observáse que TIRABEQUE iba muy callado, «¿qué hay PELEGRIN? le dije.—Señor, me respondió, hay mucho y mal repartido.—En verdad en verdad te digo, hermano lego, que has respondido como un simple patán y has contestado como un sábio economista.—No entiendo ya esa tracamundana, señor.—La tracamundana, TIRABEQUE, consiste en que al responder: «hay mucho y mal repartido,» has dado una respuesta vulgarísima, pero has dicho una verdad económica muy importante, porque habrá pocos países en que haya mas y peor repartido que en este suelo feraz de la Andalucía, donde la propiedad está en tan pocas manos, que es una de las causas primordiales de que sus habitantes no sean mas laboriosos y mas rico

de lo que son.—Señor, eso buen remedio tiene; lo que está en pocas manos ponerlo en muchas; y se acabó, y que vaya viviendo todo el mundo.—¿Y cómo?—¿Cómo? muy sencillito, señor; quitando á los que les sobra y dando á los que les falta.—Máximas son esas *PILGRIMS*, las mas á propósito para dar en tierra con cualquier sociedad, por mas que no falte quien, acaso con la mejor fé, las propague y defienda. La propiedad, *PILGRIM* mio, es el mas respetable de todos los derechos: si esta se atropella se acabaron los lazos sociales y en su lugar entrará la anarquía. Ojalá que pudiera dividirse la propiedad mas de lo que está, para que los pobres vivieran colonos y no fuesen tratados como esclavos, como está sucediendo en ese pueblo de Carmona que vamos á ver, pero esto no lo ha de hacer la fuerza, la arbitrariedad y el tumulto sino las córtes y el gobierno dictando leyes protectoras de la industria y del trabajo. En estas pláticas llegamos á la venta de *la Portuguesa*, donde á *TIRABEQUE* se le antojó que paráramos á comer. Bien caro pagué yo su capricho, pues lo primero que faltaba era pan, y lo segundo que faltaba era todo. Sin embargo todavía pareció un poco de bacalao crudo que él asó con cocinero á desembarazo en unas parrillas, y procediendo á reconocer los reales ó ponederos de las gallinas volvió al cabo de un rato con media docena de huevos, con los cuales y el bacalao hizo un pasto laico-arriero, que él se chópaba las uñas. Mi paternidad no se atrevió á probarlo y hubo de atenerse á unas naranjitas que de prevención llevaba. Ajecciose tambien un medio pan en un

corrijo inmediato. Despues me alegré yo Fa. GERNUNDO, de haber parado allí, porque en aquel pobre y destartalado ventorro encontré al hombre feliz del padre Almeida. Este hombre feliz era el ventero llamado Manuel Sastre. «Dígame vd., buen hombre, le preguntaba TIRABEQUE engullendo su guisote: ¿qué se dice por aquí de cosas?—¿De qué cosas? contestaba él.—De cosas de política, hombre.—¿Y qué es eso de política?—Hombre, de cosas del gobierno.—De eso no me pregunte su mercé, porque en dos años que llevo aquí, á Dios gracias no he oído hablar nada de gobierno.—; Oh dichoso tú y bien aventurado sobre todos los hombres, Manuel Sastre, ventero de la Portuguesa (esclamó entonces mi paternidad)! Tú que no solamente tienes la fortuna de no saber lo que es política; sino que á Dios gracias no has oído en dos años hablar del gobierno! ¡Oh rústico censor, sabio ventero, sentencioso Sastre, que en un á Dios gracias has compendiado todas las sarragozas y palabreras censuras de los escritores de hace ocho años! Sigue feliz ventero de la Portuguesa..... y á Dios que me voy á Sevilla

Salimos pues de la venta *del hombre feliz*, y en gracia de la brevedad nos pusimos de un salto en el paraíso terrenal.

Los lagartos de Tirabeque.

Uno de los primeros objetos que deseábamos

ver, como frailes y como viajeros, era la Catedral, y Tirabeque la Giralda, á quien no tenia el honor de conocer sino por escrito. En efecto allá fuimos uno de los primeros dias: entramos tambien por el *patio de los naranjos*, que tambien hay su patio y sus naranjos en la catedral de Sevilla como en la de Córdoba. En él se halla el púlpito donde predicaron los hermanos San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja, el Venerable padre Juan de Ávila, Fr. Diego de Cadiz y otros respetables varones. Fr. Gerundio de Campazas y de Carabanchel de Abajo le echó una mirada de veneracion, y siguió hasta la *Puerta del Lagarto*, así llamada, de un enorme lagarto que hay colgado en el techo. Miróle Tirabeque, y díjome: «Señor, si á la entrada de la iglesia hay un lagarto de este tamaño, ¡qué lagartazos no habrá por allá adentro! Diga vd.; ¿estarán los canónigos en coro todavía?—No lo sé, porque no estoy enterado de las horas que tendrán aquí. Pero antes repara en aquel bocado de caballo que está colgado sobre la puerta, y que dicen ser el del caballo de San Fernando, y en aquel baston que se cree ser el del primer Asistente que hubo en Sevilla.—En tal caso será el de su amo, señor, que seria algun coronel ó ayudante, que los asistentes no pueden creer yo que usáran bastones antiguamente por mucho lujo que gastáran y por bien pagados que entonces estuvieran.—No has de ser majadero, hombre; los Asistentes de Sevilla no eran ningunos soldados de la clase de tropa, sino un empleo ó dignidad muy honorífica, y de mas categoría

aun que la que tienen hoy los ayudantes y coroneles.

Vamos, TIALBEQUE, le dije; ahora *ingredere in templum Dei*. Entramos pues en lo interior del templo: rodeáronnos al momento varios prebendados y capitulares, que con la mas atenta urbanidad se espontanearon á enseñarnos las cosas mas notables de la iglesia. TIALBEQUE y el sacristan se unieron con tan prontas simpatías que parecia que habian sido amigos muy antiguos. Vimos la capilla donde descansa el cuerpo del Santo Rey D. Fernando, y pasamos á la hermosa sacristía, cuyo precioso relicario se sicvieron franquearnos. Vese allí la llave de la ciudad que entregó el Rey moro al cristiano Rey conquistador, en la cual se lee: *Dios abrirá: Rey entrará*: un dedo del mismo santo; el vaso que usaba en campaña: una cruz hecha del primer oro que vino de América: el *signum crucis* del emperador Constantino: una espina de la corona del Señor, y otras muchas reliquias y preciosidades, que mi paternidad vió con gustosa admiracion. TIALBEQUE estaba tan absorto, que tube que decirle: «PELEGAIN, esa lengua.» Salíale tanta cantidad de lengua, que parecia imposible pudiera recogerse aun en las anchas bóvedas de su desahogada boca.

Despues de otras mil alhajas tan admirables por su intrínseco valor como por su mérito artistico nos fue enseñada una medalla de oro con retratos de familia en relieve al anverso y al reverso. «¿Qué te parece de esta medalla, PELEGAIN?» le pregunté.—Muy bien, señor, me gusta mucho

la reliquia.—Bien, pues béslar. Dile TIMANEQUE un beso, y díjele despues: ahora veamos si conoces los bustos de estas personas.—Señor, estos bustos, estos bustos... cómo que quiero conocer estos bustos yo. ¿Qué dice aquí, mi amo? *L'ouï...* ¿Está en latín esto, señor?—No, hombre, sino en francés; ¿no ves esta inscripción: *Donné par le Roy*—1838?—Señor, lléveme el diablo mayor de toda la manada si lo que tengo en la mano no es el amigo Luis Felipe y toda su parentela en linia reita.—Así es la verdad, PALCAIS. Los dos bustos del anverso, son los del Rey y la Reina, y los del reverso son los de todos sus hijos é hijas.—Señor, bien le decia yo á vd. que en esta iglesia no podia menos que haber unos lagartijos muy grandes.

Soltó TIMANEQUE el medallou, y salió apresuradamente á una pieza inmediata dejándonos á todos sorprendidos. Yo salí en pos de él, y me le ví soltando el grifo de una fuente de jaspe que allí habia, con cuyas aguas se lavó infinidad de veces los labios y las manos. Jamás ningun israelita usó tanto número de abluciones para purificarse de ningun género de contaminación. Luego vuelto á mí me dijo: señor póngase vd. los espejuelos, y mire con atencion si me ha quedado por aquí pegada alguna partícula de la reliquia.—Vamos, no seas necio ni aprensivo, y vente conmigo, que tenemos á esos señores esperando.

Volvimos á entrar, y entonces sí que me vi como prometido de veras, pues tubo la sandez y la osadia de preguntar á los hermanos canoigos: ¿digan vds.

aunque sea mala pregunta; ¿vds. son españolas?—Por Dios, señores, tubo que decir subitamente mi paternidad: no hagan vds. alto en las preguntas de este simple. Ya sé que esto y unos libros ha sido una expresion del rey de los franceses al cabildo en justa retribucion del obsequio de aquel famosísimo cuadro de Murillo con que vds. demostraron sus simpatías al rey ciudadano por medio de su comisionado el Barón de Taillot.

Admirados se quedaron los hermanos prebendados de ver que mi reverencia estuviera informado de la historia de la medalla y aun del valor del cuadro de que traia orijen. Vimos el cuerpo y todo lo mas notable de la iglesia, exclamando mi pertenidad con Cervantes:

¡Voto á Dios que me espanta esta grandexa,

y que diera un doblon por describilla!

y subimos á la Biblioteca, donde lo primero que se ofreció á mi vista fueron las citadas obritas de Luis Felipe; eran estas el *Bulletin uniuersel des sciences, par la societé de propagation de conneccences. Voyages pittoresques dans l'ancienne France*; y varios libretos de música con particiones de Moisés; Guillermo Tell, Roberto el diablo y otras mezcladas con algun *Te Deum*, cuyas últimas obras parece habian escitado mas que del cabildo la curiosidad de la señora Villó cuando estuvo en Sevilla de prima dona de la compañía lírica. Enseñáronnos tambien el misal y biblia manuscritos y perfectamente conservados del Cardenal Mendoza, por cuyo retrato, que se halla en la galeria de los hombres célebres de Sevilla en la misma biblioteca, sospechán algunos si fué

republicano en atencion al gorro eucarnado que le cubre la cabeza ; si bien otros opinan que fue un acérrimo absolutista ; y qué sabemos si el hermano seria uno y otro? Cosas tan contradictorias se ven en este mundo, que yo nada estrañaria ya.

Vimos en seguida la espada del famoso Fernan Gonzalez, cuya última de sus históricas circunstancias es haber estado en manos de TIRABEQUE. Con ella se da una tablita en que se lee:

De Fernan Gonzalez fui,
 en quien recibí el valor,
 y no le adquirí menor
 de un Vargas á quien serví.

Soy la octava maravilla
 en cortar moras gargantas,
 no sabré yo decir cuantas,
 mas sé que gané á Sevilla.

A lo cual añadió TIRABEQUE:

Yo darte valor no esperó,
 ¡oh espada! mas te aseguro,
 á fé de lego sincéro,
 que aunque no tengas acero
 sino solo fierro puro;

Te estimo mas á tí sola,
 solo por ser española,

¡Carambola!

(y dejáme que te bese)
 mas que la reliquia de oro,
 y mas que todo un tesoro,
 de ese rey de los Fransése.

Hombre, ese *Fransése* que has puesto ahí para concertar con *bese* es demasiado violentar la len-

gue.—No señor, es que se me va pegando algo el acento sevillano.

LO QUE VIO TIRABEQUE DESDE LA GIRALDA,

Despedímonos de aquellos buenos hermanos, que efectivamente eran muy buenos á pesar de ser canónigos, y resolví subir con Tirabeque á la torre de la Giralda. Trabajo le costaba al bueno de Pellegain el ir subiendo con su pata coja aquellas 36 cuestas que circundan lo interior de la torre. ¿Te causas, muchacho? le preguntaba yo.—Señor, no dejo de cansarme algo, pero en esto soy como los empleados, que en tratándose de ascender toda lo olvidan y para ellos todo va bien, y mas los que aspiran á trepar á la silla, giralda giraldilla. Sin embargo cuando la redaccion de Fr. GAMBONA llegó al último tramo, á sé nuestra que iba ya bien fatigada, Tirabeque fue el primero que se asomó á uno de los balconillos.—¿Que tal, Pellegain? Verás mucha tierra desde ahí.—¿Pues no he ver, señor, si desde aquí se alcanza á ver todo el mundo?—Y bien ¿que es lo que ves?—Señor, así un poco en confuso veo á los hermanos ministros buscando votos de los diputados que van llegando, para esa cosa de la rejenia y para lo demas que pueda ofrecerse.—¿Pero donde los ves?—En Madrid, Señor.—Buena vista tienes, hombre... ¿Y que mas?—señor, tambien veo al hermano Gamboa cayendo de la giralda de hacienda, y allí mas adelante veo las tropas inglesas y turcas tratando de atacar á mi amigo Ibrahim en su retirada.—¿Como hade ser eso, hombre, si está ya arreglada y transijida la cuestion de Oriente?—Señor, eso es para que vea vd. lo bien que se cumplen las transacciones. Pues esto no tiene duda porque lo estoy yo viendo por mis mismos ojos. Al otro

lado diviso unos coches que estan entrando en Francia, y aunque van embadurnados de lodo, parecen que deben ser los del conde de Toreno, porque veo mas atrás un hombre asi rebajuelo que va con mucha frescura y mucho descaro, y ademas siento que viene desde allá un olorcillo á azufre...—Hombre, ¿desde tan lejos?—Señor, como el aire viene de aquella parte nada tiene de particular. Aqui más á la derecha me parece que ha de ser Bilbao aquel pueblo, estoy viendo á Galiano pórsele ponda villa; giralda giralda; si, el es, no hay mas que mirarle á los ojos; él fue allá á ver si le hacian diputado uniéndose á los ultralibreros; pero piensan que no le da en el bocio.

—Resame yo de la perspicacia de la visita de Tobarque. «Y qué más, hombre, qué más ves?—Señor, ahí en una de esas primicias calles, yeg unos hombres sentados en las losas jugando á los naipes sobre una manta que tienen tendida en el suelo. —En eso no debes reparar ahora; porque de eso se vé á cada paso en Sevilla desde abajo. —Tambien veo mucha ropa tendida á secar en medio del rio. —Ropa tendida á secar en medio del rio! Hombre, eso será las velas de las embarcaciones que están entrando. —Tambien podrás ser eso, señor. Lo que veo allí á lo lejos á lo lejos á la parte del norte son unos oficiales de ejército con unos levitas viejas que sacan de comprar la comida del dia al fiado en una tienda: un quinto de paga dicen que los han dado en no sé cuantas meses. —Y cómo sabes tu eso, ¿al qué toman la comida al fiado?—Señor, porque les he estado oyendo la conversacion por visto que les decís la tendera que no volvia á fiarles mas. Ya se vé, como viene el aire del norte se oye todo. —Si no es ese el norte, simple, sino el medio dia: si quieres ver lo que para hácia el norte ven á esta otra ventana. —Voy á llá, señor.

—¿Sabe vd. señor que á este otro lado se vé poco más ó menos lo mismo? Yo creo que el ejército tan asistido está en el norte, como en el medio dia y como en el poniente, y en todos los puntos de

España.—Pues á que no ves desde ahí lo que ha distribuido el gobierno el mes pasado en liberos de prest y sueldos á los oficiales de 140 batallones 73 escuadrones, 12 brigadas de artillería y 63 compañías sueltas?—Eso no lo veo, señor, deberán estar los números algo horradós.—Pues ha distribuido 17 millones y 886,322 rs.—No sé cómo pueda ser eso, señor, porque el estado en que se encuentra lo veo yo desde aquí con estos que hal de comer la tierra.—Pues amigo, yo estoy viendo con los míos la distribución, y no falla.—Pues señor, yo estoy viendo con los míos tu estado y tampoco falla. Y diga vd. mi amo: ¿esos 17 millones y pico se los han dado en metálico sonante, ó en esas que llaman libranzas que no se cobran?—Eso es lo que yo no veo desde aquí.—Eso es lo que yo tampoco veo desde aquí, señor; y ahí tiene vd. como los dos podemos ver con nuestros propios ojos cosas tan distintas, sin dejar de ser verdad todas.

—Y á que como ves los 228,000 rs. que por gastos *imprevistos* ha distribuido en el mes el ministerio de Estado?—No, señor, tampoco los veo, y eso que no sea ningunos maravedís: Pero pienso que el Sr. Ministro de Estado debe ver menos que yo, cuando *impreviò* unos gastos como esos.—Y á que tampoco ves los 159,333 rs. que ha suministrado el de Hacienda en el mismo mes para gastos de *correo, impresiones, y libras* de las oficinas de Rentas de las provincias?—Señor, ni lo veo ni lo quiero ver.—Ni verás tampoco los 800,000 rs. para socorros de 20 ó 21,000 facciosos indultados que se *calcula* regresaron de Francia por Aragón y Cataluña.—Señor, paréceme que eso no se debe calcular sino saber, y de todos modos el cálculo le encuentro algo subido, porque para eso era menester que hubieran entrado en el mes de febrero todos los facciosos de Francia, y esto no puede ser, porque estamos en marzo, y estoy yo viendo algunos pasar el Pirineo.—Segun lo poco que alcanzas á ver en materia de núme-

ros, PELEGAIN, infero que tampoco ves lo que se ha abonado á Isidoro Pascual por valor de dos carros y una mula que perdió al conducir á Madrid los papeles y archivos de D. Carlos. Ni los 56,518 rs. que se han gastado en la publicacion y predicacion de la Bula de la Cruzada; ni los del Conservatorio de Artes, ni los del Museo de ciencias naturales...—Diga vd., mi amo, ya que tan buena vista le ha dado Dios; ¿ve vd. acaso lo que ha dado el gobierno para el Museo de pinturas de aqui de Sevilla, que tan buenas cosas tiene, y que se está habilitando así como de limosna ó caridad?—Amigo, de eso no veo nada.—Tampoco yo, señor; lo que veo únicamente son unos cuadros muy preciosos amontonados unos sobre otros en el suelo llenándose de polvo.

Pero señor, cómo es que vé vd. mas que yo, estando vd. ahí sentado y sin asomarse, y yo asomado y de pie?—Todo esto consiste en los anteojos, PELEGAIN.—Pues á ver, mi amo, démelos vd. por un poco.—En esto volvió TIRABRQUE la vista y me halló sentado revisando la gaceta de 28 de febrero, que era donde yo veia la inversion de los fondos del estado ingresados *á calcula* segun dice la misma gaceta, en el propio mes. Con este motivo tubimos los dos un rato de broma inocente, y habiendo visto otras varias cosas de dentro y fuera de la Giralda, que en otra ocasion saldrán si viviere bien, bajamos y salimos.

(Se continuará tan pronto como se pueda.)

Editor responsable, F. de S. Fuentes.

MADRID:

IMPRESA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 11.